El Poeta Manuel de Sandoval

Señores Académicos:

Hubo en Córdoba, en los primeros años de este siglo, un simpático movimiento intelectual, correspondiente a la reacción que se iniciaba en España entera contra el desaliento y la tristeza que siguió a la derrota.

Fué el *Círculo de la Amistad*, foco que extendió su luz por los ámbitos de la capital, patrocinando cualquier empresa que armonizara con su cualidad de *Liceo Artístico y Literario*.

Cursos de conferencias semanales; certámenes literarios o artísticos; homenajes para festejar triunfos de cordobeses ilustres; fiestas organizadas para escuchar y honrar a las más destacadas personalidades del arte, de la ciencia o de la literatura, en su visita a nuestra ciudad... Cuanto en Córdoba existía o pasaba por élla digno de ser conocido y estimado, encontró en sus salones, animados diariamente por la concurrencia, acogedor interés, ferviente devoción y aplausos generosos y entusiastas.

Al mismo tiempo, el Instituto General y Técnico y la Escuela de Veterinaria, inauguraron también cursos de conferencias semanales de extensión de enseñanza y, puesta ya de moda la oratoria docente, no hubo casino, ni agrupación política o de cualquiera otra naturaleza, que no levantase cátedra con el beneplácito de sus asociados y los consiguientes beneficios para la educación y la cultura generales.

Don Luis Valenzuela, don Manuel Enríquez Barrios, don José Marín Cadenas, don Rafael Vázquez Aroca y otros muchos que sería prolijo enumerar, ilustraron sus nombres en esos empeños intelectuales, con los frutos de su talento y la elocuencia de su palabra. Entre ellos, figuraba un joven poeta madrileño, catedrático de Preceptiva Literaria en nuestro Instituto, llamado don Manuel de Sandoval.

Sabíase de él, que apenas cumplidos los veinte años, había publicado, con aplauso del público y de la crítica, un poema de castiza y robusta inspiración, titulado *Prometeo*, en cuyo prólogo, don Emilio Ferrari lo señaló «como poeta de alto cuanto seguro vuelo», y una de las más legítimas esperanzas de la generación a que pertenecía.

BRAC, 39 (1933) 297-310

Sabíase, además, que era autor de diversas poesías, entre las que se citaban *La Siega*, *¡Siempre!*, *La Catedral de Burgos*, *A D. Quijote*, *Sementera* y otras, publicadas en la prensa con tal éxito, que comenzó a adquirir su nombre cierta popularidad y a despertar admiraciones y entusiasmos.

Recuerdo que en los jóvenes que por entonces pasamos de la Universidad la Vida, producía deplorable efecto el ambiente pesimista que como losa de plomo gravitaba sobre nuestros entusiasmos juveniles. En tal sazón, hubimos de contener el aliento para escuchar una voz varonil que con sencilla, española y cristiana energía, en versos magistrales, entonaba un canto de esperanza y de optimismo, señalándonos el camino del triunfo, que no es otro, en definitiva, que el esfuerzo de la voluntad y del trabajo.

Tal es el soneto *A un Impaciente*, que no quiero resistir a la tentación de leer:

Lo que no logres hoy, quizá mañana
lo lograrás; no es tiempo todavía;
nunca en el breve término de un día
madura el fruto, ni la espiga grana.

No son jamás en la labor humana
vano el afán ni inútil la porfía:
el que con fe y valor lucha y confía
los mayores obstáculos allana.

Trabaja y persevera, que en el mundo
nada existe rebelde ni infecundo
para el poder de Dios o el de la idea.

¡Hasta la estéril y deforme roca
es manantial cuando Moisés la toca
y estatua cuando Fidias la golpea!

Súpose pronto, que además de componer excelentes poesías, las recitaba de manera maravillosa, y era conferenciante amenísimo y delicioso conversador, y sabía mucho de todo y además procuraba ocultarlo en la sencillez de sus palabras, sin dárselas de sabio ni pretender lucirse con la exhibición de autores y de obras ajenas. Y ésto lo hacía finamente, con la elegancia y la amplitud del que por tener conciencia de su verdadero valer y de su altura, no anda regateando méritos a los demás, antes al contrario, se los reconoce con generosa medida que, para mayor nobleza, procuraba acercar a la justicia, a fin de no incurrir en el elogio exagerado

BRAC, 39 (1933) 297-310

D. MANUEL DE SANDOVAL

REAL ACADEMIA DE CORDOBA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES
BIBLIOTECA

BRAC, 39 (1933) 297-310

que es siempre más sangriento que la censura misma, pues en tanto que ésta se limita a tachar la obra, aquél parte del supuesto de la tontería de su autor en cantidad suficiente para tomar en serio la burla de que es objeto.

Con estas cualidades, no es extraño que al poco tiempo de su estancia en Córdoba, se contara con él para todo empeño intelectual y se escucharan y siguieran sus opiniones y consejos, con tanto más gusto cuanto que procuraba no imponerlos, sino sugerirlos, de suerte que haciéndose su voluntad, no había molestia de amor propio para nadie, y los mismos vencidos quedaban obligados a su delicadeza.

Cuantos centros de cultura existían en la localidad, y entre ellos nuestra Academia, le abrieron sus puertas, honrándolo y honrándose al recibirlo en su seno.

Los escasos salones aristocráticos que daban fe de vida, atendieron y agasajaron al poeta, y en éllos resonaron y se aplaudieron sus versos.

Hasta gentes refractarias a los problemas de la inteligencia, acudían, por excepción, a escuchar sus discursos y poesías; los acogían con religioso interés y los comentaban poseídos de entusiasmo sincero. Yo me he explicado este fenómeno, por la concurrencia en don Manuel de Sandoval, además de su gran simpatía, de dos cualidades en grado eminente: la claridad y la sencillez. Porque era claro, el más lego podía seguir el hilo de su razonamiento, alcanzando fácilmente las últimas conclusiones. Porque era sencillo, porque de su palabra estaba ausente toda pedantería; su espíritu llegaba hasta los más humildes o ignorantes sin humillarlos ni vejarlos; pues no debe de olvidarse que la ciencia y el arte puros, son alimento exquisito de las almas, pero cuando su pureza se mancha por la turbia vanidad y la soberbia de los hombres, los rechaza el paladar como repelente e indigesta bazofia.

A poco de residir en Córdoba, publicó *Aves de Paso*, con un prólogo de don Jacinto Octavio Picón. Ya en este tomo de versos, incluía poesías merecedoras de tan cálidos elogios como los que andando el tiempo, al contestar su discurso de entrada en la Real Academia Española, había de dedicarle don Francisco Rodríguez Marín: «parece que por la gallarda pluma de Sandoval han vuelto al mundo los mejores sonetistas de nuestro siglo de oro: aquellos gloriosos varones que se llamaron Lope de Vega, Argensola, Arguijo, Quevedo, Medrano, Góngora...» Y cita, en comprobación de sus palabras, el titulado *Amor Eterno*.

Y en el mismo caso que este soneto, se encuentra el que antes os leí,

BRAC, 39 (1933) 297-310

A un Impaciente, y el dirigido *A D. Quijote*, tan actual ahora como entonces, pues de buenísima gana increparíamos al Hidalgo Manchego con sus valientes tercetos:

¡Sin miedo a que te ultrajen a mansalva
forzados viles y asquerosos cerdos,
sal, como antaño, al despuntar el alba!

¡Vuelve al campo que pueblan tus recuerdos,
a ver si un *loco* regenera y salva
la nación destrozada por los *cuerdos!*

Y no sólo los sonetos. *Aves de Paso*, contiene muchas composiciones tan acabadas como aquéllos. En *Efecto de Luna*, *Plenitud*, *La Siega*, *La Catedral de Burgos* y otras, se muestra Sandoval como poeta formado, sin los balbuceos de los primeros pasos, produciendo obras en las que se contienen las características fundamentales de su inspiración, si bien, con el transcurso del tiempo, estas características habían de enriquecerse con matices y tonalidades que todavía no aparecen en las creaciones primarias del poeta.

Según don Jacinto Octavio Picón, la musa de Sandoval es: «libre y serena, tierna y vigorosa...», «los versos salen de su pluma fáciles, llenos, sonoros, como corriente de agua limpia, caudalosa y serena». «Por el espíritu y por la forma, es eminentemente español».

Este juicio de su prologuista es exacto. A todas las poesías que produjo después le puede ser aplicado, si bien en grado tan eminente y con peculiaridades tan características, que llegan a constituir las notas originales que personalizan la labor de este poeta.

¿Cuáles son esas notas? Para señalarlas conviene no olvidar que Sandoval siempre y en todo momento es literato y poeta. Con sobrada razón decía de él don Francisco Rodríguez Marín: «Desde su adolescencia ha consagrado toda su vida al amor y al cultivo de las letras castellanas, sin compartir su tiempo con otras tareas o aficiones que le apartasen, que siquiera le distrajesen de su amadísima devoción».

Amante fervoroso de la lengua castellana, cuando explicaba, diferenciándolo de sus sinónimos, el valor, el matiz, el tono de un vocablo, recordaba yo involuntariamente a los diamantistas, porque al igual que en las pinzas de plata los brillantes, en sus labios temblaban las palabras con irisaciones y reflejos de piedras preciosas.

No era, para el idioma, el gramático o el filólogo que lo estudian fría-

BRAC, 39 (1933) 297-310

mente, atento a su origen y a su significación, exactos, sino el admirador deslumbrado ante los cambiantes de variedad de gemas maravillosas, o el catador de gusto depurado que, al paladear el vino, sabe arrancarle sus más íntimos secretos.

La veneración que sentía por el lenguaje se traduce en sus poesías en el afán de propiedad, de exactitud, y para lograrlas, además de emplear la palabra justa, procura diferenciarla, distinguirla de las opuestas y de las parecidas, fijando y aclarando, al mismo tiempo, el concepto que expresa, y también diferenciándolo y distinguiéndolo de sus opuestos y parecidos.

Con tal procedimiento, característico de nuestro poeta, consigue extraordinarios efectos, de energía unas veces; de delicadeza, otras; algunas, irónicos; y siempre de claridad y de precisión.

Nada más justo que la Real Academia Española lo nombrase Correspondiente en Córdoba, el año de 1907, y después, en 1920, lo recibiera de Numerario.

Muchos, ante la escasa extensión de su obra, lo han supuesto de laboriosa y difícil producción. Pero cuantos le conocieron saben que con la gracia derrochada constantemente en rápidas improvisaciones, ya para comentar la conferencia recién escuchada o para expresar el juicio que le merecía un hecho o una persona, o sencillamente advertir o responder a cualquier amigo, con la gracia repito, con el ingenio, con la sal que dejaba caer en quintillas, cuartetas y hasta muchas veces cartas enteras, escritas en verso al correr de la pluma, hubieran algunos cimentado su fama de poetas fáciles e inspirados.

Pero don Manuel, profesaba culto tan rendido a las letras, que sus poesías habían de ser acabadas, productos espontáneos de su espíritu, desechando lo demás, pues como sagazmente observó Díez-Canedo en el artículo necrológico que publicó en *El Sol*, «no concebía la poesía como un juego», y a éso puede añadirse que, en efecto, cuando se dirigía al público, tenía la honradez de no pretender burlar su buena fe, dándole latón por oro ni vidrio por diamante, y así rehuía por igual los retorcimientos que los chapuces y atajos que se usan para salvar dificultades sin vencerlas. Esta conducta, había de perjudicar la extensión, en beneficio de la calidad de la obra.

Muchas tardes, paseando a caballo por las sendas y vericuetos de la sierra, la contemplación del paisaje, o el calor de la conversación, le sugerían ideas, sentimientos o puntos de vista, merecedores de la forma poética, y generalmente, en esas ocasiones, su inspiración le daba por adelan-

BRAC, 39 (1933) 297-310

tado uno o varios versos sueltos que contenían virtualmente la idea. Entonces, sujetaba las riendas del caballo para anotarlos, y proseguía el diálogo; volvía a interrumpirlo para escribir otro u otros que con notable facilidad se le ocurrían. Alguna vez, cortaba repentinamente la conversación, y picando espuelas se internaba a campo traviesa por lo más intrincado, y al volver, traía como trofeo alguna estrofa redondeada o vencida la dificultad de la frase o expresión rebelde a dejarse prender sin violencia en las sílabas, en los acentos, en la armonía del verso. En tales casos, al reunirnos al día siguiente, me leía la poesía completa. Tal fué la pretendida dificultad de Sandoval.

Su amor al idioma, iba unido al culto de los buenos poetas, y prosistas castellanos así antiguos como modernos, sin parar mientes en la *capillita* a que pertenecían, pues para su admiración no existieron más que dos escuelas: la de los buenos y la de los malos escritores, convencido de que siempre el talento, que es lo sustantivo, acierta y triunfa con todos los modos de hacer, observando y rompiendo las reglas, sin confundir nunca las grotescas contorsiones y los trucos propios del circo, con los ágiles y seguros vuelos de la inteligencia y del sentimiento.

Y es ésto tan cierto, que cuando por complacer a sus amistades, accedía a recitar composiciones poéticas, del modo magistral que sabía hacerlo, mezclaba a las suyas las de otros poetas, algunos del más opuesto bando, y como en cierta ocasión una ilustre dama, sorprendida del calor que ponía en las poesías ajenas, le mostrase su admiración por éllo, hubo de contestarle rápidamente: «Señora, es que yo no envidio a los que valen más que yo, sino a los que valen menos». Aguda respuesta que encierra las más tristes verdades.

Su delicada receptividad le permitía adueñarse hasta de los más delicados matices del mundo externo, pero el dato real en seguida enlazaba en su espíritu con el antecedente literario, o popular, o artístico, o histórico, siempre español, y ya, con este enlace, es como aparece en su obra poética. Así suelen ser en sus versos las observaciones, comparaciones y alusiones de todas clases, que forman pequeños grupos accidentales, tan importantes o más que el mismo asunto principal, reducido alguna vez al papel de cañamazo destinado a recibir variedad de riquísimos bordados.

Sus descripciones, así del paisaje como de estados de alma, sorprenden por la riqueza del color y la certera penetración del concepto, y alternan con hondos y graves pensamientos filosóficos, pues como dijo don Emilio Cotarelo en el artículo necrológico que publicó en el BOLETÍN DE LA ACA-

BRAC, 39 (1933) 297-310

DEMIA ESPAÑOLA: «Reunía en amable consorcio la entonación filosófica y la profundidad de pensamiento de Fray Luis de León, con la elocuencia de la frase y el colorido poético de Herrera o de Rioja».

Pero es preferible escuchar sus estrofas, porque éllas os hablarán con más eficacia que todos mis razonamientos.

De *Cancionero*, tomo de poesías que publicó después de *Aves de Paso*, en 1909, son estos versos pertenecientes a *Castiza:*

Altivo descendiente de Atenas y de Roma,
ni dudo de mi origen ni de mi fe reniego,
ni al esplendor renuncio de mi opulento idioma,
por su vigor, latino, por su elegancia, griego.

El «román paladino», que siendo en nuestra tierra
tan pronto canto llano como clarín de guerra,
y uniendo—terso y limpio, y elástico y severo—
la claridad del agua, la austeridad del roble,
la brillantez del mármol y el temple del acero,
fué el verbo de una raza aventurera y noble
que a España dió en sí misma su Aquiles y su Homero,
al ajustar su paso, lo mismo que a un redoble,
al grave y monorrítmico compás del Romancero.

Ved, ahora, cómo acierta a describir el doble paisaje del campo y del espíritu, con las nieblas y las medias tintas de *Principios de Otoño.*

. . . . . .

La bruma, velando la azul lontananza,
suaviza y esfuma los agrios colores;
y cuando el ambiente de paz y bonanza
conmueve una brisa de ayer—remembranza
de muertos perfumes y muertos amores—
recuerda el recuerdo que ha sido esperanza,
los frutos se acuerdan de haber sido flores.
Mas como no altera tu quietud segura,
realidad lograda, la ilusión perdida,
prudentes gozamos del bien mientras dura,
que el sol, en la tarde del año y la vida,
la fruta sazona y el juicio madura.

* * *

¡Oh plácido otoño! Castilla te ama
y con los rastrojos que dejó el verano
hiló el oro viejo que borda y recama
tu traje severo de rey castellano.

BRAC, 39 (1933) 297-310

. . . . . .

Con toldo de hojas la parra en la aldea,
la puerta protege y el patio sombrea:
y en el fatigoso mar de la campiña
—que, mudo e inmóvil, ni ruge ni ondea—
a un tiempo los ojos y el alma recrea,
como isla encantada, surgiendo la viña.

Y al par que lasciva, triunfal y lozana,
da al sobrio paisaje matiz y ornamento,
y su hábito pardo de asceta engalana,
difunde en la austera Castilla el contento
que alegra y anima su fiesta pagana.

Y al par que sus hojas sonantes el viento
en crótalos trueca, y en tirso el sarmiento,
que al peso del fruto doblégase o trepa,
del muro o el árbol buscando el arrimo,
el sol, que amortigua su brillo en la estepa,
nimbando de oro la parra y la cepa,
ablanda, colora y endulza el racimo.

Muchas composiciones encierra *Cancionero* de subido valor, y entre éllas *Convalecencia*, *En el huerto de Fray Luis*, *Áura mediócritas*, *Restauración...*, pero las proporciones que deben de tener estos trabajos, me impiden ser más extenso en las citas.

Dos años después, el 1911, vieron la luz en *Musa Castellana*, poesías tan admirables como *Rodrigo de Triana*, *El Milenario*, *El agua en Granada*, *Cementerio abandonado* y varias más, entre las que sobresalen *Inacción* y *La Abadía*. A ésta corresponden las siguientes estrofas:

. . . . . .

Tú eres Castilla: su espíritu noble,
rudo y austero, solemne y altivo
—que es pedernal y es granito y es roble—
en tus sillares consérvase vivo;

Y al palpitar encerrado en tu ruina
—urna de piedra que intacto le guarda—
es como el grano que se abre y germina
bajo la tierra monótona y parda.

. . . . . .

Aún el que asedian sus bravas pasiones
haya en tí puerto seguro y tranquilo,
aún contra el odio reclamas y opones
tregua de Dios y derecho de asilo.

BRAC, 39 (1933) 297-310

. . . . . .

Aun a tu nombre se turba el hereje,
aun al infiel tu poder intimida,
aun en tu claustro se trama y se teje
toda la urdimbre que forma la vida.
Templo en la paz y castillo en la lucha,
de héroes y santos las crónicas llenas;
ciñen tus monjes almete y capucha,
hay en tu torre campanas y almenas.

Puede decirse que esta fué la época de mayor actividad literaria de Sandoval. En sus poesías se acentúan los colores suaves, los matices delicados y la profundidad de los pensamientos. Se exalta su amor a la historia, al idioma, al arte, a la literatura y, en general, a todo lo español. Consigue prodigiosos efectos de claridad y sencillez, y aquilata y depura la elegancia espiritual que le distingue. Comienza el período de su plenitud que dura ya hasta su muerte.

De mi Cercado, es el título del nuevo libro de poesías, impreso en 1912, que mereció ser laureado con el premio «Fastenrach».

Tengo que contenerme para no leeros *La chumbera*, *Recompensa*, *Agua y Sed* y *Realismo*, que son verdaderos modelos en su género. Para daros una idea de los aciertos que encierra este libro, citaré algunas estrofas de *Pátina:*

Vencedor de la muerte,
el tiempo con el arte colabora,
y su apacible pátina convierte
en luz de tarde el resplandor de aurora.

. . . . . .

Él da encanto y poesía
a lo que se conserva todavía
tal como lo guardó la bisabuela,
y que, curiosa la biznieta saca,
para lucirlo con orgullo un día,
de la caja de sándalo o de laca
dónde soñando en el ayer dormía.
La mantilla de blonda
que con nardo o incienso se perfuma,
el abanico de carey y pluma
que da a las gasas languidez de onda
y a los encajes inquietud de espuma.
El mantón de Manila
por cuyos pliegues vuela la bandada
de pájaros extraños o desfila

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE CÓRDOBA BIBLIOTECA

BRAC, 39 (1933) 297-310

la interminable procesión formada
por barcos, palanquines y muñecos,
y sin cesar enreda y desenreda
sobre la falda de joyante seda
los pesados torzales de sus flecos.
La sarta que sus perlas orientales
sobre el cuello de nieve tornasola,
o que enciende con fuego de amapola
sobre la piel trigueña sus corales.
Y la arrogante peina
que en el tiempo que España era española,
prestó a la reina gracia de manola
y a la manola majestad de reina.

Y no es posible pasar en silencio la poesía que dedicó a Menéndez Pelayo, encendida de amor patrio, llena del orgullo de ser español, de pertenecer al pueblo que realizó las gestas de nuestra historia, y de gratitud hacia el sabio maestro que en los momentos de pesimismo y de tristeza, confortó el alma nacional, mostrándole los tesoros espirituales de la raza.

Su último libro, intitulado *Aun hay Sol*, contiene poesías tan admirables como *Ciencia de Dios y Pedagogía de Cristo, En el patio de los Evangelistas, Renacimiento, Felipe II, Flaqueza...*

Las composiciones publicadas con posterioridad en periódicos y revistas, formarían, cuando menos, otro libro. Entre éllas, recuerdo la oda *Semper et ubique*, leída por su autor en la Real Academia Española el año 1926, con ocasión de la Fiesta del libro, que fué calurosamente aplaudida y celebrada.

De propósito, he prescindido de referirme siquiera a las cuestiones críticas que se han suscitado con respecto a la personalidad literaria de don Manuel de Sandoval. Baste decir que fué un gran poeta, moderno y profundamente original, pues si en sus comienzos, como ocurre siempre, pueden advertírsele influencias de los maestros por él admirados, después adquiere personalidad propia muy acentuada. Su lira pulsa todas las cuerdas, desde la íntima efusión de la ternura (sean ejemplo de éllo: *¡Siempre!, Regreso, Los primeros pasos* y *Cementerio abandonado)*, a la solemnidad y la grandilocuencia, pasando por los tonos medios de sobria sencillez propia de asuntos filosóficos, y por la variedad de notas y colores con que enriquece sus descripciones de paisajes, cuadros y monumentos. Es indudable, que se ejercitó especialmente en temas históricos, literarios o artísticos, y que siempre a todos supo darles el espíritu y la entonación apro-

BRAC, 39 (1933) 297-310

piados, con perfecto dominio de la técnica, extraordinaria riqueza de rima, exquisito oído, en una palabra, con todo lo que caracteriza a un gran poeta.

Los quince años que aproximadamente residió en Córdoba, gozó de las mayores consideraciones y de verdadera popularidad. Fué admirado, respetado y, más que nada, querido por todos.

Nuestra Academia, lo elevó a su dirección en 1909, y él conservó siempre vivo el recuerdo y el cariño a esta Corporación, ufanándose de pertenecer a élla y mostrando con orgullo, en cuantas ocasiones se le presentaron, junto a la de Numerario de la Española, la medalla de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, de Córdoba.

No es extraño que aquí se le quisiera, porque él, desde su llegada, se sintió prisionero del encanto que Andalucía, y especialmente Córdoba, produjo en su alma, como lo pregonan algunas de sus poesías, y entre ellas *Otoño*, de la que voy a leer unos fragmentos:

Desde las lomas de la fértil sierra
mi vista complacida se derrama
por el incomparable panorama
de esta fecunda y deliciosa tierra.

Espira el mes de Octubre
y aún las tendidas y ondulantes faldas
el lozano verdor reviste y cubre
cual manto recamado de esmeraldas.
A los rayos del sol, que al Occidente
camina, con metálicos reflejos,
brilla el Guadalquivir, que allá a lo lejos
sus murallas besando mansamente,
a la opulenta Córdoba retrata,
y atrás dejando su famoso puente,
como raudal de bullidora plata,
con regia magestad, tuerce y dilata
por la vega anchurosa su corriente.

Y *La Cancela*, también es poesía cordobesa; y Córdoba es el fondo del apunte intitulado *Un Gitano*; y *La Chumbera*:

Indómita, salvaje, rígida, obscura,
deforme, áspera, huraña, recia y bravía,

nació, creció y vive aún en las huertas de nuestra sierra; y con laureles cortados en la orilla del Guadalquivir, tejió una corona para Mistral; y tan cautivo se sintió del amor a Córdoba, que a élla se dá, declarándose cordobés por devoción y cariño:

BRAC, 39 (1933) 297-310

pues, si no por nacimiento,
soy, por agradecimiento
y por amor, cordobés,
Y mi alma siente y adora
la belleza inspiradora
de esta ciudad soberana
que, al par dama y labradora,
tiene altivez de señora
y llaneza de aldeana,
y a la vez reina y sultana
indolente y soñadora,
y española y africana,
ama, sueña, canta y llora
con arrestos de gitana
y sensualismo de mora
y virtudes de cristiana.

Su palabra, durante quince años, los mejores de su vida, difundió amorosamente la verdad en la cátedra y en las conferencias; sus versos cantaron y enaltecieron nuestros paisajes, nuestras bellezas y costumbres, nuestra historia y nuestras tradiciones; su espíritu, a fuerza de compenetrarse con Córdoba, sintió y se expresó como los cordobeses, y él mismo, como timbre de orgullo, se declaró cordobés y en todas partes se vanagloriaba de éllo.

Hoy, todavía, somos muchos los que conservamos vivo el afecto y el recuerdo de don Manuel de Sandoval, y sabemos lo que significó para Córdoba, pero su memoria se irá borrando con el tiempo y nadie dará a conocer a las generaciones venideras la influencia del ilustre poeta en el presente desenvolvimiento cultural cordobés, ni les servirá de ejemplo y lección para amar a la patria chica, el acendrado amor que Córdoba despertó en su alma.

Esta consideración, lleva a pensar que si su nombre rotulase una calle cordobesa, Manuel de Sandoval quedaría perpetuado en la memoria de nuestro pueblo, y al par y recíprocamente, se testimoniaría la predilección y el cariño con que esta ciudad correspondió siempre al que de tan diversas como cumplidas maneras supo servirla, cantarla y enaltecerla.

Lamento que circunstancias fortuítas hayan impedido a la más genuina representación de nuestra ciudad, asistir a este acto. A élla traslado este ruego que formulo en nombre de la Academia, y me atrevo a decir que de Córdoba entera, porque la figura del poeta, de atrayente simpatía, está fuera de luchas y enconos, y su labor fué de todos y para todos.

BRAC, 39 (1933) 297-310

Para terminar, sólo me resta decir, que he procurado en este trabajo la máxima objetividad, pues como sé que el mayor elogio que puede hacerse de Sandoval, es comentar su vida y divulgar sus obras, a eso he querido limitarme.

Desde que leí sus primeros versos, admiré fervorosamente al poeta, admiración que fué aumentando a medida que publicó nuevas poesías y conseguí escuchar algunas de sus notables conferencias. Pero cuando lo conocí y traté como amigo, el cariño superó en muchos quilates a todas mis admiraciones, siendo éstas tan hondas y tan sinceras.

Y es que en Sandoval, lo más alto, con ser tanto lo demás, fueron sus condiciones personales. Fué delicado, generoso, afable, amplio, leal: bueno, en una palabra.

Muchos de los que me escuchan, lo conocieron personalmente; otros no, pero gracias a su arte, van a conocerlo ahora mismo, pues voy a leeros algunas estrofas de su vigoroso auto-retrato, y así mis últimas palabras serán doblemente suyas, por estar escritas por él y a él dirigidas:

Si no me viste hasta hoy
y me quieres conocer,
atiende, porque ahora voy
a pintarme como soy,
que es como quisiera ser.
Español hasta la entraña,
como nacido en la corte,
que es el compendio de España,
no descubro mezcla estraña
ni en mi aspecto ni en mi porte.
. . . . . .
Sin descender de los godos,
mi alcurnia rancia y de ley
pruebo con mis buenos modos,
si no al cubrirme ante el rey,
al descubrirme ante todos.
. . . . . .
Gozo sin afectación
la dorada medianía,
y, más que por presunción,
visto a la moda del día
por no llamar la atención.
Se hacer la razón cual debo,
ajustándome a mi estado,
al vino rancio y al nuevo,

BRAC, 39 (1933) 297-310

que ni en *barro mal tostado*
ni en *vaso múrice* bebo.
Gusto de vivir conmigo,
pero siempre tengo abiertas,
el alma para el amigo,
la bolsa para el mendigo,
y para los dos las puertas;
y sé sin altanería
tender afable mi mano,
pues la corte en que ví el día,
sin hacerme cortesano,
me hizo aprender cortesía.

. . . . . .

BENIGNO ÍÑIGUEZ.

BRAC, 39 (1933) 297-310